

## II.

## LA NARRACION.

HACE como cincuenta años, el Cabo estaba habitado, por un carpintero llamado Mazé-Kervella. Su muger, despues de la pérdida de un hijo primogénito, procuraba ocultar su dolor, con los cuidados que empleaba en una criatura cuyo nacimiento habia costado la vida á su madre. El padre de este niño trabajaba en el puerto de Brest y no venia á Plougastel sino á pasar el domingo que dividia entre su querido Andres (este era el nombre del niño) y los oficios de la parroquia. Todos los sábados por la tarde, lle-

gaba aquí en la embarcacion de los obreros, y la nodriza venia á esperarlo en la playa. Una tarde el barco fué sorprendido por una tempestad: un torbellino de aire se cuela por la vela, falsas maniobras aumentan el peligro, el barco zozobra y la mayor parte de los hombres que venian en él se ahogaron. El padre de Andres fué uno de ellos. El mio, que tambien venia del puerto de Brest, donde trabajaba igualmente, corrió la misma suerte. La desgracia que hizo huérfano á Andres, ocasionó la viudedad de mi pobre madre.

Este naufragio fué anunciado á mi madre sin ningun miramiento. Ella me amamantaba; su leche se agotó y pronto la tristeza le ocasionó la muerte. Como Andres, yo me encontré solo en el mundo ántes de poder comprender lo que habia perdido. Esta semejanza de desgracias debia de reunirnos.

En esta época un santo padre llamado Olivier ó Olier, como decimos en Bretaña, se ocultaba en una pequeña choza muy cerca de Loberlac; era un hombre de sesenta años. Despues de haber pasado toda su juventud en las misiones extranjeras, volvió á Francia, donde sorprendido por la revolucion, habia buscado un refugio en nuestra parróquia. Mi madre en sus últimos momentos, le hizo llamar, me vió, tuvo piedad de mí y le vino la idea de confiarme á los habitantes del Cabo. La mujer de Mazé, estaba fuerte y podia alimentar á dos niños. Por esto, Andres y yo bebimos la vida de un mismo seno;

las mismas canciones nos arrullaron y durante dos años con la cabeza en una comun almohada, reposamos todas las noches uno en el brazo del otro. Igualmente amados de nuestra nodriza, recibimos de ella los cuidados mas tiernos. Habia tenido la precaucion de colocar en nuestra cuna, una cruz de níspero y una rama de verbena que debia preservarnos de toda influencia maligna. Dos veces nos hizo llevar un pollo blanco á la capilla de San Adrian; dos veces nos bañó en las aguas de una fuente sagrada. Cuando oia en la puerta el saludo de los pobres: Dios bendiga las gentes de esta casa! se empeñaba en poner en las manos de uno de nosotros, la ofrenda que destinaba al mendigo, á fin de que él, nos echara una mirada favorable. Dos años fuimos su mas caro pensamiento, las delicias de su corazon; durante este tiempo ella dió á luz una hija. Era la noche del nacimiento del Salvador. Al través de los arenales, por todas las sendas, las tropas de cristianos marchaban hácia la parróquia entonando alegres cánticos. Pregunté al buen Mazé por qué así cantaban por los caminos. Son los ángeles, me dijo, que llenan los campos en la noche de Navidad. Le pregunté qué eran esos gritos de niño que yo oia tan cerca de mí, que era tambien un ángel del buen Dios, una pequeña hermana que se nos habia enviado para jugar con nosotros y regocijar la casa. Al dia siguiente la niña fué bautizada, y el padre y la madre queriendo tener presente el recuerdo de la noche que les dió este tesoro, dieron á la niña el nombre de Natividad.

El nombre de hermana, nuevo para nosotros, nos era tan agradable que lo repetíamos á cada momento; á cada instante suplicábamos á nuestra nodriza que nos la dejara tomar en los brazos para dar un beso á esta hermana querida. Cada uno de nosotros se colocaba de un lado de la cuna, la veíamos dulcemente, pasábamos las horas enteras en mecerla y contemplarla al dormirse. Cuando fuimos mas grandes, no cesó de ocuparnos sobre todas las cosas. Por ella íbamos á cojer los nidos de los pájaros, ó á recojer zarzamoras. Natividad en cambio nos daba cruces de aliaga, cuyas espinas estaban ocultas con margaritas y primaveras. Mas tarde he pensado en estas floridas cruces; se parecían á las ilusiones de la infancia y de la juventud.

Con toda la indifereucia de nuestra edad, pasábamos los dias, bien espantando el gavilan en las cumbres de la Roc-Nivélen y de las grandes rocas que dominan á Saint-Languy, ó bien recorriendo los bosques de Kerénault y de Cosquer. En el campo es donde los niños son realmente dichosos; allá, para la mayor parte, al menos en el tiempo á que me refiero, preservados de los enfados de la escuela; para ellos todos los dias son domingos y juéves. Cuando el sol se levanta, en lugar de sentarse en un rincon de la casa para estudiar una leccion aborrecida, el niño pastor sale gozosamente, libre como el pájaro que vuela. No tiene otros cuidados, que guardar algunos corderos en el matorral y volverlos al establo; todavia ni estos cuidados exis-

tian para nosotros. En las mañanas, engrosando la voz por medio de un caracol, llamábamos á nuestros aminos, que luego acudian, de Roc Nivélen de Traouédan, de Keraliou y otros puntos. Comenzábamos nuestros juegos de la víspera. Unas veces imitando la tímida cierva marchábamos delante de uno de nuestros camaradas, convertido al punto en lobo temible, nos ocultábamos en los grandes helechos, pedíamos abrigo á los matorrales en nuestro espanto. Otras veces, divididos en dos tropas, armados de flexibles rosales, nos arrojábamos los unos sobre los otros, con gritos de furor. Imitábamos tambien los trabajos de los hombres, teníamos casas que el salto de un ciervo arruinaba por completo, jardines de ramas que un turbion desbarataba en un instante. Las mas veces nos reuníamos alrededor de un hormiguero, espiondo su laboriosa república y dábamos gritos de alegría cuando tres ó cuatro insectos se juntaban para arrastrar ó llevar algunas provisiones. Las mas veces tambien con una piedra en cada mano, corriamos valientemente al zarzal, donde habíamos visto al sapo ó la culebra; allí luchábamos con ardor y hacíamos prevalecer sobre el enemigo, los tejos de arena. Nuestros pequeños camaradas presenciaban nuestras hazañas y algunas veces pedian gracia para el reptil.

Teníamos otros placeres mas solitarios. Antes que Natividad hubiera cumplido seis años, los dos solos hacíamos frecuentes visitas á la bahia de Loberlac, donde habitaba todavia el padre

Olivier. El camino era largo para nuestra hermana; pero habíamos encontrado un modo fácil de impedirle la fatiga. Andres y yo nos dábamos la mano y hacíamos sentar á nuestra compañera en nuestros brazos, así reunidos, con la otra mano tomábamos la suya y la sosteníamos. Orgullosos del importante servicio que nuestros ocho años cumplidos nos permitían hacer á Natividad, llegamos á la casa del anciano sacerdote que nos acogía lleno de gozo. Despues de su misa que decia alternativamente en Saint-Adrien y en otra capilla vecina, el padre Olivier nos paseaba al traves de las maravillosas campiñas de este lado de nuestra península. Aquí no solo habia las imensas rocas de nuestra rivera, sino tambien guindas cargadas de frutas, campos fecundos donde madura la delicada fresa, senderos bordados de iris, de amapolas y de rosas. El buen anciano nos hablaba de Dios, nos decia que le amáramos y oráramos; nos predicaba el amor al trabajo para lo de adelante, y nos preguntaba si queríamos ser carpinteros como nuestro padre y como el esposo de María.

La vista del anciano padre Loberlac estaba en muy mal estado y su salud se alteraba tambien. Esto le obligo á renunciar el servicio de las dos capillas. Como pertenecia á una familia rica, que á pesar de sus numerosas limosnas, le quedaba todavia con que subvenir á las necesidades de la vida, resolvió establecerse en una pequeña casa qua compró entre el Cabo y el Passage. La muerte de nuestra buena nodriza

que acaeció en esta época y que nos affigia mucho acabó de decidirlo. Vino á habitar cerca de nosotros. Viendonos todos los dias, nos amó todavia mas. Encuentra que no es bastante pagar por nosotros una módica pensión, quiere que nos instruyamos. Tuvo un dia una larga conferencia, á este efecto, con Mazé--Kervella; este resistia, porque no aguardaba nada bueno de esos estudios que no habian hecho sus padres. El anciano sacerdote insiste y habla de la posibilidad de dar dos buenos servidores á la angustiada Iglesia de Bretaña. En fin, el resultado de estos debates, fué nuestra partida á Plougastel y nuestra entrada en un colegio.

Si hiciera la apologia de la ignorancia, no me lo perdonariais; pero no sé lo que yo he ganado con instruirme. Jesus suspira al desatar la lengua y abrir las orejas de los sordomudos de Décapolis, para enseñarnos tal vez que una nueva facultad no coopera en nada á la felicidad. Las mas veces nuestra inteligencia no se desarrolla, sino para dar lugar á mayor número de inquietudes, nuestro corazon no se dilata sino para aumentar sus quimeras y sus angustias. A medida que participamos de las riquezas intelectuales, tenemos sin duda, una opinion menos elevada de nosotros mismos: cada dia, un nuevo descubrimiento nos revela una grandeza que no suponíamos; pero aun nos es necesario pagar muy caro este vuelo dado á la imaginacion, este grande enemigo de la paz interior.

Los goces del espíritu tienen también sus desfallecimientos sus frecuentes é inexorables disgustos. La viveza de nuestras sensaciones, la abundancia de nuestras ideas, doblan nuestras fatigas y nos envejecen ántes de tiempo. Como el gusano de seda, multiplicamos nuestro hilo de oro, nos preparamos una mortaja. ¡Y todavía si no se tratara mas que de nuestra felicidad en este mundo! Pero arriesgamos una apuesta mas importante. Si Andres y yo nos hubiéramos quedado en el Cabo: si no hubiéramos aprendido mas que el arte de construir un barco ó de cultivar un campo, no hubieramos tenido ni las mismas ideas, ni los mismos infortunios; uno de nosotros habitaria aun esta morada, con una virtuosa compañera, y el otro no estaria durmiendo en el cementerio de la parróquia ó recorriendo en los mares y por todas partes como extranjero.

Teniamos diez años cuando comenzamos nuestros estudios. Los primeros dias de nuestra permanencia en el colegio fueron tristes y llenos de pena. Bastaba un surco de flores para recordarnos la casa del Cabo y hacernos llorar. Andres me decia mas frecuentemente: "Adrian, no podemos vivir aquí. Y me proponia que huyéramos. En fin, los recuerdos de nuestra existencia indolente y libre se habian disipado un poco, nos vino el gusto por el estudio, tomamos ánimo y nuestros esfuerzos fueron coronados por un éxito feliz. Dios nos habia dado la facilidad de aprender, el orgullo nos da la perseverancia;

y se decidió unánimemente por nuestros maestros, que los dos pequeños aldeanos de Plougastel-Daoulas serian grandes hombres en el porvenir. Esta ridícula prediccion que se tuvo la imprudencia de hacérsela saber, incha nuestra vanidad y contribuye á atraernos un mal que fué el origen de todos los otros.

"Entre nuestros compañeros, [habia uno de doce años, mayor que nosotros y que parecia simpatizar con Andres. Nacido en la ciudad, de padres acomodados pero incrédulos; habia adquirido excelentes maneras pero demasiado malos principios. Su espíritu se habia enriquecido con pérdida de su corazón: se burlaba de las cosas mas santas, con toda suerte de gracias y sabia dar á la sequedad de su alma una seduccion llena de alegría. Jamas estudiante alguno, fué mas complaciente, mas servicial que este jóven. Despues de haber reido bien de nuestras creencias, á las cuales se mezclaban, es cierto, muchas supersticiones locales, hacia mil esfuerzos para demostrarnos cómo nuestra credulidad se avenia poco con nuestra elevada inteligencia. Poseido del demonio del prosetilismo, empleaba admirablemente el sarcasmo y los elegios. Nos humillaba y nos elevaba á la vez. Durante mucho tiempo siempre dando oido á sus elogios, y teniéndolos en gran estimacion, rechazabamos á la vez sus burlas; presto Andres vaciló. Entónces aterrado por la suerte de mi hermano, y queriendo salvarlo ensayé defender los objetos de mi veneracion; quise combatir á aquel que se

llamaba nuestro amigo, y queria arrancarnos aquello que seria la mejor, la mas útil de las mentiras, si no era la mas consoladora de las verdades. Por desgracia la tarea era superior á mis fuerzas; tenia que habérmelas con un jóven mas sábio que yo, y si no podia ganarme á su deplorable sistema de ateismo, le fué muy fácil reducirme al silencio. Andres no vacila entre sus consejos y los míos. Mi derrota lo pone en los brazos de mi adversario y este abandonándome desde luego como indigno de sus lecciones, pone toda su ciencia á la disposicion de mi pobre amigo. Exaltando mas y mas su amor propio, encuentra el medio de proporcionarle libros llenos de sofismas y de calumnias y que parecen convincentes á la inexperiencia de un razonador jóven. Descubrí estas lecturas clandestinas y tuve la debilidad de callarme. Me contenté con maldecir en silencio á estos hombres que se llaman ilustres y cuyo genio funesto no sabe mas que abatir y destruir.

¡Sí, que sean malditos los que, profanando los dones de la inteligencia, ponen sus talentos al servicio del mal! ¡Vanamente gozan de una apariencia de grandeza! ¡Vanamente la turba seducida los rodea y los admira! ¡Sus creaciones ocultaban mas que la muerte y el espanto! Se parecen al tejo funerario, al árbol hueco que he visto las mas veces servir de osario en nuestros cementerios de los campos. Su cima es elevada, sus brazos numerosos; pero no tiene ni flores ni frutos, y si se alarga la mano hasta la corteza

entreabierta, no encuentra sino cráneos y osamentas horrorosas.

“Conoceis ahora mi primer disgusto: un abismo se abria cada dia entre mi hermano y yo. Andres estaba triste y yo tambien. Demasiado sensible y demasiado bueno para afligirme, como su amigo, por medio del sarcasmo, se contentaba con reirse de los fervores de mi piedad. Tenia muy buena voz, y cuando habia una solemnidad religiosa, le hacian cantar en la capilla del colegio. Sus acentos eran penetrantes, su ruego se elevaba con celestial armonía; al escucharlo, me creeria trasportado á los pies del Eterno, si no supiera que sus cantares no eran mas que la mentira de una alma indiferente. Se arrodillaba cerca de mí, y repetia maquinalmente algunas palabras aprendidas de memoria, en las que el corazon no tomaba la menor parte: ¡ah! hacia mas, practicaba esta religion á quien le habia perdido el amor. ¡Cuántas veces temblé, al verlo aproximarse al altar para participar de nuestros santos misterios! ¡Cuántas veces quise ponerme delante de él, y reclamar en su lugar la parte de la pena que él recibia con tanta frialdad!”

“Teniamos diez años cuando deja el colegio aquel que mi hermano llamaba su amigo. Despues de su partida, Andres vino hácia mí; pero el golpe estaba dado, y su juventud debia guardar las impresiones de su infancia. ¡La víbora se habia deslizado en el boton, ¿cómo podria abrirse la flor sin ningun vestigio de mancha?”

Con un carácter poco enérgico, y una naturaleza inquieta y demasiado impresionable, Andres, mas que cualquiera otro, necesitaba de creencias sólidas. No era de esos hombres que se contentan con una vida toda material, que no ven nada fuera de los goces físicos; sentía en él el gusto por la virtud, el deseo de la ciencia, y comprendía que le faltaba algo para poseer la virtud y la sabiduría. Abandonado á sus propias fuerzas en un camino difícil, se preguntaba dónde encontraría un guía que lo auxiliara. Entonces le hablé de la religión, y procuré probarle el poco valor de esta filosofía atea; que en un camino sembrado de peligros, arranca al viajero el baston en que se apoya, y luego le dice con hipócrita dulzura: "andad hijo mio."

Entrábamos entónces á los diez y siete años; el último que debíamos pasar en el colegio. Despues de haber estudiado nuestra vocacion, el padre Olivier comprendió que á ninguno de nosotros convenia el sacerdocio, y nuestra vuelta al Cabo fué decidida para la época de las primeras vacaciones. Andres se inquietaba con esta vuelta por que no sabia que carrera abrazaria; pero yo hubiera querido violentar la hora que debía volverme á mi querida península. Apasionado por el campo y prefiriendo la vida simple y retirada á todo lo que encontraba en el mundo, estaba absolutamente decidido á no dejar el Cabo y ayudar á mi padre adoptivo en sus molestias y trabajos. Tenia otros proyectos mas gratos, proyectos de la primera juventud, á las

cuales nos adherimos con todas las fibras del corazon. Soñaba en Natividad, que como nosotros salia de la infancia; me la figuraba tal cual la habia visto en sus tiernos años, virtuosa y bonita; y devorado de la necesidad de amar y de ser amado, repetía cien veces estas divinas palabras. "No es bueno que el hombre esté solo."

¡Qué bello dia aquel en que, despues de siete años de ausencia, vimos nuestras playas natales!

¡Con qué gozo me lancé al navio!. ¡Cuán brillantes me parecian los rayos del sol que se reflejaban sobre las tranquilas aguas del Eden!

Los dos desterrados con las manos estendidas hacia los puntos de la costa, los ojos radiantes de alegría, encontraban á la vez los diversos recuerdos de su infancia. Ved el Passage, la Calvario y el campanario de Saint-Languy. Ved el mirador y los bosques de Kerérault; y mas allá Saint-Jean y la mansion de Cosquer; aquí el Trou-des-Rochers; y mas abajo (!oh como latia nuestro corazon! ¡como se nos salia el alma por los ojos!) más abajo, una pequeña habitacion, llamada la Casa del Cabo.

Habreis notado sin duda, que entre el Passage y esta habitacion que fué la mia, hay un largo arroyuelo, en medio de el cual se elevan algunas rocas donde crece el césped marino. A la orilla do este arroyuelo, con los pies desnudos